

# Zapatería criolla

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Mister Robertson era un naturalista inglés con gran fama de sabio, fama que le dió ¡sabe Dios quién! pero el caso es que el tipo, al llegar a Buenos Aires, fué muy agasajado por las sociedades culturales y de ciencia en general, así como también fué recibido en los hogares de nuestra mejor sociedad porteña. No bien manifestó deseos de conocer nuestra campaña no faltó quien le ofreciera, muy gentilmente, a tan distinguido huésped, su establecimiento de campo, por tiempo indeterminado.

Así fué como un buen día nuestro hombre se instaló en la estancia de Candelario Sosa, como si fuese en su propia casa, y de yapa, con título de sabio, pero dicho sea con justicia, el gringuito este (aventurero con más fama que méritos, que llegó a nuestra tierra porque sin duda estaba de más en la suya), poco molestó a los criollos de la estancia. El venía a América, según manifestó: "a estudiar en tierra virgen", pero realmente lo único que hacía era vivir de arriba, y esperar el nombramiento prometido, para ocupar una cátedra, y usurpar los derechos a un hijo del país. Es tan hospitalaria la Argentina que da cabida a todas las resacas que llegan a nuestro puerto, sin recordar que la caridad bien entendida empieza por casa...

Bueno; ya lo tenemos al "gran personaje" retratado de cuerpo entero, y ubicado en un establecimiento de campo de la provincia de Buenos Aires. Y ahora comenzaré el cuento, (no del tío, sino del gringo).

Robertson acostumbraba a levantarse muy temprano, se desayunaba con té y limón, y luego, colgando de su hombro un bolsón de lienzo, tomaba de la percheta su bastón y el sombrero de corcho, dirigiéndose al alfalfa donde se sentaba horas muertas sobre el pasto, al rayo del sol, con la cabeza gacha, hasta hallar un insecto que le llamara la atención; entonces recién cambiaba de postura, y gateando por entre las hierbas boca abajo se arrastraba hasta poderle dar caza. De tarde noche durmió la siesta, siempre audiblemente como las lagartijas saltando por entre los yuyos.

Pronto se acostumbraron los paisanos a ver aquel "loco mauso", y no les llamó mayormente la atención.

Cuando llovía, solía ir hasta la cocina de los peones a inspeccionar con un vidrio de aumento, y una linterna eléctrica, las ranas secas que había apiladas en un ángulo de la pieza, y al no hallar

allí algo que le interesara, sentaba a conversar con Sandalia, la mujer del capataz, y así se fué familiarizando con los dichos, y costumbres camperas.

Alguién dijo que "el destenido" le gustaban mucho las Chinitas, y que le arrastraba el ala a la criolla del capafaz, pero esto no pasó de un chisme sin importancia, pues Sandalia aseguró que no le entendía jota al "bosal" aquél.

Sandalia?

—Y, una chancletita linoita, sí, y por esto está malita, pué.

—Espera aquí; yo vengo enseñando.

Entró el inglés a su dormitorio, y salió con un botiquín a cuestas.

—Vamos, yo mí, querer curar a Sandalia.

Ilegaron los dos hombres hasta el aposento de la paisana, donde se hallaba esta en cama; a su lado estaba la vieja que recién había llegado en el carroche, y a quien todos allí le decían la amiguita.

Robertson acercóse a la paciente y preguntó:

—Decirme Sandalia, ¿cómo ha-



—Estoy salvado! Mi mujer no me ha oido!

Cierta tarde que el inglés estaba en la quinta atareado persiguiendo una langosta saltona, tenia a causa de los picotones que le dió un ganso, y que él creyó ser un ejemplar muy curioso, notó en la peonada un movimiento jesuado, y a poco vió llegar en una jardinería a una paisana vieja, quien traía una balijita entre sus manos, pero, como nadie la llamó, él siguió en su tarea.

En este ymo corriendo hacia la quinta Silvano, el mensual, gritando:

—Mister, mister! por favor, no tendrá usté un poquito de aguardiente?

—Buenas tardes!...

—Tiene aguardiente mister?

—Tengo, yes, buenas tardes...

—Güenas. Si quisiera hacer el favor de darme un poquito, as para la Sandalia.

—Oh yes, yes!, ¿qué tener la

certe mal la chancletas?

—Y, don, como a todas las madres, repuso la criolla, muy turbada.

—Mostrarme a yo la pierna Sandalia, no tenerme miedo.

—Bah! ¿y pa qué quiere verle las piernas a la enferma, po?, inquirió la vieja comadre, pa estos casos estoy yo.

—Mi querer ver pierna para ver herida que le hacer la calzado, y curarla, ¿dónde estar la alpargatas? quién sabe no tener algn clavo, y este ser la causa de la enfermedad.

—¡Vaya el caza bichos este! ¡clavo el suyo pal patrón! ¡sabe qué no le había dao por mal lao? ¡Quién habría e'decir que este aízan destenido, y con mañas de faltito, tuviera malas intenciones másia las mujeres! Con razón ya había oido aigo...

Entra en aquel momento el na-

## Fotograbados Tricromías, Bicromías

Confección de clíscs para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

Entrega inmediata —

**PUJOL, PREVSLER & Cía**

**CORRIENTES 1138**

**Buenos Aires**

Unión Telef. 38, Mayo 4830

rido de la enferma, a quien ya le habían llegado ciertos rumores sobre el tenorio, y parándose frente al inglés, dice:

—Diga don, ¿de qué alpargatas está hablando usté? ¡si mi mujer nuna las usa!

—De la que lastimar a Sandalia.

—Ah!... usté desea ver a la chancletita, entonces?... ¡já, já! qué mister; está buena... ¡já, já! alpargata por chancleta... ¡ta, que bárbaro el gringo este! Oiga don, se dice chancleta, ¡ha oido?, aprenda, pues.

—Sí, sí, esto es, mi querer ver la chancleta de Sandalia.

—Haberlo dicho antes!, pero vea que no es de ella sola, denó misa también, espere, que ya se la traigo, ¡por qué no?

Entró el criollo a la pieza contigua, y de allí regresa con un pequeño bebé entre sus brazos, el que gritaba desesperadamente.

—Aquí la tiene, pa servir a usté, dijo muy ufano el flamante papá.

—Pero esto ser una criatura!

—Y de aí?

Después de convencer a Robertson que en el campo a las nenas se les da el nombre de chancletas, y a los varoncitos el de macho, este exclama:

—Oh!, qué cosa tan extraordinaria, ustedes decir a las muchachitas Chancletas, oh, oh, oh! Bien, entonces mi desear que ustedes estar muy felices, Sandalia que se mejore, chancletas que se poner erectidas, y que para el año venidero tengan un botas de potras macho, para que estar zapatería criolla de ustedes muy bien surtida.

—Eso, quien sabe, mister, repuso con sorna el paisano, por si acaso permítame que le advierta que cuando le hagan falta chancletas, no rimbée pa estos laos, porque dejuro que en la mía no las hallará pa su medida, y en cuanto a la calidad del cuero... quizás solo enenentre lonjazos.